





Jesús Coria

El jardín evanescente

Regreso inesperado a Ogigia

Poemas



Título: El jardín evanescente. Regreso inesperado a Ogigia

Primera edición: julio, 2025

© 2025, del texto Jesús Coria.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1347-2025

ISBN: 979-13-87720-27-8

Índice

Prólogo	7
Introducción	11
PROEMIO	19
De cuando fuimos argonautas.....	21
LIBRO PRIMERO	25
Mayo	27
Las flores.....	28
Vientos del sur	29
La última violeta marchita	31
Melancolía.....	33
Tu dedo dormido en el papel.....	35
Alguna vez.....	36
Un lento despertar	39
Saint-Exupéry	40
Coleccionista de nubes	43
La esquina de los sueños cotidianos	45
Metamorfosis	47
Nunca es primavera	49
LIBRO SEGUNDO	53
San Ivo	55
El segundo anillo del infierno de Dante.....	57
La soledad del poeta	60
Locura amarga.....	62
De fronteras	64

De lo imposible.....	66
De suelos, muro y paraíso	68
El silencio de los amantes furtivos	72
Habitación 346.....	74
LIBRO TERCERO	79
La ventana en el tejado	81
Tilos en Palencia.....	85
El refugio	87
La ciudad y el antihéroe	89
Elogio de la soledad frente al mar	92
Golondrinas	94
Encuentro	96
El buzón.....	98
Poemas ahogados junto al Duero.....	100
Ventana al mediodía	105
La cátedra de piedra.....	110
EPÍLOGO	113
Primera estancia	115
Conversación	116
Segunda estancia	119
Regreso a Ogigia.....	120

Prólogo

De la evanescencia perfumada que dejan los dulces amores

A pesar de su nombre, este libro no es un jardín. Ni un florilegio. Ni una colección de meros parajes, aunque en él asomen —de vez en cuando— árboles, flores y pájaros; o no falten «aquellos poemas que cuenten la alegría de las flores y el jardín». Ni «horizontes de labios entreabiertos», en cuyos confines nebulosos agonizan de lujuria los enamorados clandestinos.

Sí que hay árboles como los almendros, los pinos, las encinas o los tilos; o flores como las humildes margaritas. Y pájaros discretos, pero orgullosos de lo vivido y de lo que no se vivió. Pájaros vivos. Pájaros rebeldes. Románticos pájaros que no renuncian ni a la poesía ni a la vida: nunca aves a las que se pueda tildar de «gorriones contrarrevolucionarios» ni «señores pájaros», por utilizar dos títulos de libros relativamente recientes.

Este libro es un laberinto impregnado por el olor que deja en la tarde la misma «asimétrica cadencia» de lluvia bajo la que reverberan nuestras más profundas emociones. Nos conducirán de la mano hasta su puerta Virgilio y Dante. Por él, deambularán —perdiéndose y encontrándose— Shelley, Keats, Heine, Baudelaire, Pessoa, Saint-Exupéry, Pavese, Eluard, Kavafis, Amelia Rosselli o Gregory Corso.

Porque el romanticismo no murió cuando dicen los manuales de literatura que tenía que morir. El romanticismo ha llegado hasta hoy, y —por eso— si este libro fuera un jardín, sería un jardín romántico.

En este libro la poesía no renuncia a resonar, a remover sentimientos, a emplear todos los instrumentos de la orquesta y todos los recursos de la retórica para lograrlo. Y a caminar entre géneros o revolotear por los grandes escenarios de la historia literaria e intentar ascender a los palcos inaccesibles, decadentes y barrocos de la «gran belleza». Este libro no sacrifica la intensidad por ajustarse a manuales de estilo.

Algún día, en algún lugar, un crítico aquejado de repentina lucidez escribirá que hubo un tiempo en que la poesía —a fuer de quitarse prendas y ser cada vez más pretendidamente lírica— tuvo la tentación de volverse, en países como el nuestro, raquítica, esquemática, pequeñoburguesa; controlada, según parece que ha llegado a estar, por comisarios políticos de la estética en su repartición de las migajas de lo bello, del triste festín de la parquedad léxica y la miseria espiritual.

Esta no es poesía dictada por la poética de ningún grupo de los que decretan el fin de la sentimentalidad y premian la vulgaridad prosaica so pretexto del mínimo lirismo. No es poesía que se piensa, sino poesía que se siente. Ya era hora. Es el laberinto de romanticismos por el que pasean su desesperación poetas decadentes y suicidas proclives a la melancolía.

La poesía como la mejor «forma de estar solo». La poesía como uno de los privilegiados modos de atravesar los mares del conocimiento, las sensaciones y el deseo. Como matemática de la palabra donde importa tanto el sonido como el silencio; los vocablos como los espacios vacíos que quedan entre ellos. Pues, a pesar de que se diría que en los versos de este libro —y como reza una de sus partes— «nunca es

primavera», hay —allí— en el fondo de la fronda de metáforas donde nos invita a extraviarnos, un remanso y un sosiego esplendorosos.

Ya que la poesía de Jesús Coria se despliega en estas páginas como un laberinto de amor, de soledad, de compasión y de erotismo que no tiene, en realidad, fin; y en el cual nuestro poeta se rememora y reconstruye. No se trata, por tanto, de hallar la salida, sino de permanecer en aquél. Si bien hay un poema que nos habla de un reencuentro: es el que lleva por título «Conversación». ¿Acaso no constituye todo el libro un conjunto de conversaciones y coloquios del autor consigo mismo o los demás?

Hay, sí, una composición donde el habitual «tú» amoroso se ve sustituido por otro; fantasmal, y no menos añorado o querido. Es un soliloquio desde la memoria, un diálogo con la madre que no está, es una reflexión o —más bien— un quejido sobre la pérdida, sobre lo perdidos que estamos cuando se marchan quienes más nos quisieron.

Hablar con tales espectros nos coloca ante nosotros mismos. Nos hace saber lo que somos y queremos. Porque sólo les pedimos lo que de verdad importa. La poesía consiste —también— en eso: en una conversación entre sombras sobre lo sagrado de la vida y de la muerte.

Puesto que puede existir «el paraíso en la tierra» sin que necesariamente tenga que desaparecer. Pero no será nunca eterno. No durará mucho. No durará...

Y de ahí la romántica melancolía.

*Luis Díaz Viana,
Antropólogo, Filólogo y Escritor,
«Las tres chimeneas»,
Viana de Cega (Valladolid)*



Introducción

De jardines evanescentes

El jardín es sentimiento-pensamiento (o pensamiento-sentimiento) en el que vivimos. Pero también, lugar que pensamos en el sentimiento y sentimos en el pensamiento.

—Rosario ASSUNTO, *Ontología y teleología del jardín*

Alguna vez leí que Nabucodonosor II mandó construir en Babilonia unos legendarios jardines para que su esposa Amytis pudiera seguir gozando del paisaje, aromas y colores de su lejana tierra natal. Fueron una delicada prueba de amor que alcanzó carácter mítico en la Antigüedad clásica y que explica el origen de una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo.

Nunca se encontraron suficientes restos arqueológicos que pudieran atestiguar su existencia en aquella ciudad. Ahí radica la principal atracción que este aparente anticipo de *Las mil y una noches* sigue despertando en mí. ¿Se trata de una quimera? ¿Exageraron los viajeros de la Antigüedad al describir esta obra? Quizá alguna vez puedan despejarse estas dudas, pero me gusta pensar que será posible por muchos siglos mantener el misterio y el encanto poético que provoca este relato.

El sentido que alberga esta singular parábola —y de ahí nuestro interés— no es otro que el intento de transformar

tiempo y espacio a los dictados del corazón. El rey caldeo mostraría así a las generaciones venideras que la fuerza de los sentimientos puede superar a la razón de Estado y a las gestas de gobierno, por notables y heroicas que fueren. Y aunque Rousseau no pensara en los protagonistas iniciales de esta introducción, su conocida sentencia sobre la razón vs. sentimientos alcanza aquí su sentido más profundo: «si la razón hace al hombre, el sentimiento le conduce».

Y por todo ello pensé que estos poemas podrían formar parte de ese jardín imaginario dedicado al cultivo de los sentimientos que ocupan una parcela fundamental de mi existencia. Un espacio, en suma, donde la belleza aspira a coronar los sueños, los silencios, confidencias y diálogos de amor que alguna vez pudimos encontrar en la espesura del camino. Rilke dejó escrito un hermoso y evocador poema en 1897 que arroja más luz sobre esta idea:

Quiero ser un jardín, en cuya fuente
despierten muchos sueños nuevas flores,
unas apartadas y soñadoras,
y en pláticas calladas las unidas (...)¹

Contemplación, goce sensorial de la naturaleza y búsqueda de la belleza que conforman una delicada síntesis en la que se apoya la producción literaria y artística desde sus inicios. ¿Qué sería de alguno de los primeros relatos griegos —valgan los ejemplos de la *Iliada* y la *Odisea*— sin la presencia de sus paisajes naturales y jardines? ¿Por qué aparece en el Génesis un Jardín Terrenal como referencia a la creación de Adán y Eva? ¿Cambiaría nuestra valoración artística el conjunto palaciego de la Alhambra si no presentara una extraordinaria síntesis entre el carácter evanescente, accesorio y temporal de sus jardines, con la decidida apuesta por

1 RILKE Rainer María, *Antología poética* (edición y traducción de Jaime Ferreiro).

la vocación de permanencia que atestiguan sus reductos arquitectónicos? Jardines y arquitectura logran aquí un equilibrio que sorprende al espectador: ¿dónde termina uno y dónde comienza el otro? La arquitectura, pobre en materiales y muy simple en ingenio constructivo, se reconcilia con otros valores más que trascienden los puramente estéticos gracias a elementos decorativos que se añaden y asemejan una segunda piel que la recubre con una delicada filigrana de estucos y cúpulas falsas de mocárabes. Así se logran mágicas combinaciones armónicas de luces y sombras que sorprenden al espectador y logran efectos ilusorios. Los jardines, el rumor de las aguas cantarinas —a veces resuelto en clave de sutiles notas musicales— y el reflejo del conjunto arquitectónico en las aguas se erigen finalmente en protagonistas, subyugan los sentidos y consiguen que lo accesorio, jugando a ser trascendente, nos llegue a convencer de que es posible el paraíso en la Tierra.

Podemos encontrar también, en otras latitudes y en diferentes culturas, otros jardines en los que descansaron de su paso por el mundo un extenso cortejo de poetas. Este es el caso del Cementerio Acatólico de Roma con John Keats (m. 1821), Percy B. Shelley (m. 1822), Juan Rodolfo Wilcock (m. 1978), Darío Bellezza (m. 1996), Amelia Rosselli (m. 1996) y Gregory Corso (m. 2001), todos ellos bajo un tapiz vegetal que envuelve para siempre su obra y su recuerdo. Shelley, al explorar aquel lugar en el que su admirado Keats dormía ya cubierto de margaritas y violetas que crecían sobre su cuerpo, exclamó que «cualquiera se enamoraría de la muerte con tal de ser enterrado en un lugar tan bello». No pudo saber entonces que el destino le había reservado también un lugar en ese hermoso paraje, a la sombra de la pirámide de Cestio.

Esta conjunción de solemnidad de restos arquitectónicos célebres —murallas y pirámide— ornamentados con el colorido de la pradera cosida de flores primaverales, entre

cipreses y bajo cielos azules y radiantes, despertó también la imaginación de Henry James al decidir enterrar a la delicada Daisy Miller en Roma², muy cerca de donde reposaban dos de los personajes más representativos de la poesía romántica y que pertenecieron al elenco de «los dulces cantores de Inglaterra». Así definió Oscar Wilde al grupo de sus grandes literatos en lengua inglesa, completado —además de los ya citados Keats y Shelley— por Spencer, Shakespeare, Byron y Elisabeth Barret Browning³. Y así fueron venerados hasta nuestros días, convirtiéndose este recinto en el centro del movimiento romántico.

La figura de Angelo Poliziano constituye una singular fuente de recursos para entender la figura del jardín. Félix Fernández Murga recoge textualmente en una introducción a su obra «(...) la melancólica caducidad de los más preciados bienes terrenos, como la belleza, la juventud y la vida humana misma, simbolizados frecuentemente en la efímera lozanía de las flores⁴» en aquella mítica Florencia de Lorenzo el Magnífico. El jardín y sus frutos mostrarán así una recreación de la mente humana y de la reflexión neoplatónica en el universo de las ideas.

Los hermosos poemas de Poliziano y su transposición a la pintura en los pinceles de un artista como Botticelli ilustran el constante diálogo entre el hombre y la naturaleza⁵. El jardín representa así «el lugar del espíritu» dedicado a la «contemplación de la belleza⁶» y Rosario Assunto —buen conocedor de Rilke— los muestra como espacios diferentes a los que nuestra propia «cotidianidad consume consumiéndose en ellos⁷».

Es en el jardín donde la naturaleza y los sentimientos

2 JAMES H., Daisy Miller. *Otra vuelta de tuerca y otros relatos*.

3 WILDE O., «La tumba de Keats», en *Obras Completas*.

4 POLIZIANO A., *Estancias. Orfeo y otros escritos*.

5 Vid. MANZI, A., «Las parábolas ficinas del bosque y el jardín en las Stanze per la gios- tra de Angelo Poliziano». *Cuaderno sobre Vico* 7/8.

6 Ibidem.

7 ASSUNTO R., *Ontología y teleología del jardín*.

cultivados aparecen delicadamente atemperados por la cuidadosa actividad de quien dedica su esfuerzo a la imposible búsqueda de la belleza inmarcesible. Ese lugar donde madura un limonero en Sevilla —evocado por el poeta Antonio Machado— y que estará presente junto con los cielos de su infancia hasta su muerte en el exilio; o quizá aquel otro donde «(...) margaritas de rojos labios, las violetas empapadas de rocío / y las soñolientas adormideras apresan la lluvia del anochecer» que recrea Oscar Wilde en *Heu Miserande Puer*. Un recinto, en suma, que nos permite abrir horizontes a la alegría después de las tempestades de la noche, tal como nos recuerda también Amelia Rosselli⁸. Y en el que siempre podrás descansar del viaje, adormecido por las voces de la naturaleza presentes en nuestros sueños, aunque pudiera perder su sentido inicial por el paso de los años⁹.

El mío —que despierta y aligera las oquedades de mi vida y que ofrezco en este libro— es, por definición, evanescente. No puedo aspirar a ser más que un jardinero atrevido que cuida sus flores para mantenerlas en el mejor estado, las cultiva y atesora de la manera que sabe y puede, consciente de su desdichada temporalidad.

Abro la puerta y apago las luces del cielo estrellado para la visita. Les dejo con el rumor del agua de los manantiales y los olores dulces del jazmín y la madreselva; las margaritas y las violetas seguirán creciendo sobre el cuerpo del poeta y sus versos. Quizá podamos encontrar en el viaje algún día en que las flores brillen felices sobre las aguas con el guiño centelleante de los primeros rayos de sol en la mañana. Cantarán pájaros y piedras hasta que los corazones palpiten y se confunda su latido con el murmullo de las calles que

⁸ «Questo giardino che nella mia figurata/mente sembra voler aprire nuovi piccoli/orizzonti alla mia gioia dopo la tempesta/di ieri notte, questo giardino è bianco/un poco e forse verde se lo voglio colorare/ed attende che vi si metta piede, senza/ fascino la sua pacificità (...)». ROSSELLI A., *Serie ospedaliera* (1963-1965).

⁹ BLAKE W., «El jardín del amor» en *Matrimonio del cielo y del infierno. Cantos de inocencia. Cantos de experiencia* (traducción de Soledad Capurro).

recorreremos todos los días.

Ese es el instante mágico que siempre esperamos y que Cesare Pavese ofrece en uno de sus últimos poemas escritos un poco antes de su muerte en Turín. «Passerò per Piazza di Spagna»¹⁰ reúne el sentimiento de abandono —estertores del amor fracasado— con la mirada humana transida por la belleza de un escenario urbano pleno de olores, color y monumentalidad en la ciudad de Roma.

Yo también sueño que alguna vez podré reunir la fuerza suficiente para regresar a Ogigia.

Quizá sea posible.

Jesús Coria

10 «(...) las piedras cantarán, / laterá inquieto el corazón / como el agua en las fuentes— / ésta será la voz que subirá tus escaleras (...) / El tumulto en las calles/ será el tumulto del corazón/ en la luz perdida (...)». PAVESE C., *Vendrá la muerte y tendrá tus ojos* (traducción de Beñat Argingoniz).

*EL JARDÍN
EVANESCENTE*

Regreso inesperado a Ogigia



PROEMIO

*(...) Así, un día nos vamos, con ideas entusiastas
y el corazón henchido de rencor y pesares,
vamos siguiendo el ritmo de las olas
meciendo nuestra infinitud en lo infinito de los mares (...).*

—Charles BAUDELAIRE. «Poema 126» (fragmento), en
Las flores del mal. Traducción de J. Luis Guereña.



De cuando fuimos argonautas

*El joven arquero Hilas desapareció cuando pretendía
llenar su cántaro de bronce con agua de un manantial.*

*A Luis Díaz Viana, argonauta.
Los dioses le guiaron hasta el río de su infancia.*

Alguna vez
amanecimos desnudos en las playas de Lemnos,
rodeados de mujeres hermosas y crueles,
perfumadas
con aromas de tomillo, menta y flor de almendro.

Fuimos felices en el verano.
Pero tan sólo eso.

Una pausa en el viaje,
un destello de pasión entre la desmesura y la ausencia,
un grito arrojado contra la arena blanca junto al mar,

un sollozo mortecino de luna llena en la distancia.

Lo viví, creedme,
aunque yo sea ahora una huella de fantasma,
un trasnochado bardo,
aprendiz de trovador de rapsodias sin tino.

Esta noche vago por un anodino estanque
entre nenúfares de aguas tranquilas y náyades apasionadas.
Mis dedos cansados
acarician las sienes blancas de la edad infinita
bajo la bóveda oscura y sin estrellas de los cielos de Misia.

Los esclavos sirven manjares de dioses en mi mesa.
Nunca faltan los vinos de Creta con sabor a pinos silvestres
y tampoco las dulces canciones de las mujeres que me
esperan
al atardecer de los días, antes del sueño.

Ayer,
hoy.
Mañana.

Anheló despertar en la patria de los dríopes
con el seco golpe del arado al rasgar la tierra pedregosa,
escuchar la siringa pastoril que me acompaña desde niño
y otear los campos ocres,
los trigos verdes que llegan a la colina,

poder sentir en mi cuerpo el calor del verano,
el sudor del trabajo, el fútil cansancio cotidiano.

Aquí no es posible la fatiga,
ni existe el fin del camino.

Beberé
el veneno de una vida que se alarga sin sentido

de tu boca de diosa inmortal.